

Hola desconocido lector o lectora entrometida, mi nombre es Romina, Romina Cáceres. ¿Cómo podría empezar? En cuanto a mi nombre supongo que no tengo sentimientos del todo definidos, ya que soy meramente escéptica y no suelo creer en las subjetividades y en la mística de los nombres. Aunque admito que siguen teniendo su encanto natural, simplemente no es lo mío creer en que la manera en que nos llamamos puede llegar a poseer alguna clase de influencia sobre el rumbo de nuestra vida o nuestra misma personalidad. Sin embargo, a veces, cuando el sol se oculta y un enorme tintero de pintura se vuelca sobre el cielo, dándole así un color negro azabache, me pongo a pensar en lo mucho que desearía a veces clavar un lapicero de tinta líquida azul en el cuello de cada una de las personas que me llamaron por ese nombre...Mmm, sí, uno de tinta líquida, azul de preferencia. Pero podría ser cualquier color: rojo, naranja, verde, hasta uno con brillitos como los que están ahora muy de moda. Cada vez que paso cerca de los portones de aquella institución y veo a los niños entrar, pienso en saludar, decir algo, extender mi mano y dar una señal de que aún estoy aquí, de que aún recuerdo todo, pero lo único que logro mostrar es una lagrimita tonta y una sonrisa de media cara. Igualmente no es como si una puerta fuera a reaccionar al resentimiento de un ex-estudiante, es simbólico, simplemente.

- ¿Cristina?

- ¡Presente!

Fue ese el momento en el cual me percaté de la situación en la que me encontraba y necesitaba concentrarme. Tenía mucho sueño, las bolsas en mis ojos eran tan profundas que podrían llevar comestibles de las compras de la semana pasada, pero bueno, no tenía otra opción que quedarme quieta sobre la silla que acompañaba mi cubículo. Estaba lleno de rayones, notitas y pegatinas de cuadernos baratos, llenas de plomo probablemente. Para ese momento yo ya debería haber desarrollado varias enfermedades, pero lamentablemente seguía sana, al menos físicamente.

- ¿Cecilia?

- Presente -respondí.

Jenny, la chica que estaba sentada en la mesa de al lado reía agudamente, junto a un chico de nariz chueca y ojos azules. Para ahorrarte detalles, te voy comentando que realmente no sucedió nada muy interesante hasta que ella estuvo tirada en el piso de nuevo, con un lapicero de tinta azul líquida enterrado en la nuca y su tortolito tratando de hacer lo posible por salvar su vida. No tuve más remedio que huir de la escena. No quería tener que volver a cambiar mi nombre e identificación de nuevo. Casi resbalándome con mi propio peso empujé la pesada puerta y salí corriendo hacia el pasillo lo más rápido que mis piernas me lo permitían. Vi la salida principal y una vez que me sentía lo suficientemente cansada como para detenerme, me di cuenta de que había una especie de coloración negra por todo el pasillo que se movía de manera casi eléctrica. Vi cómo se iba volviendo progresivamente más intenso para luego extenderse por todo el ambiente a una velocidad exorbitante.

Emprendí mi huida de nuevo. Grité, grité muy fuerte, y siendo franca no conozco el por qué. Sé que suena muy tonto, pero supongo que estaba pidiendo ayuda, un hombro en el cual llorar, alguien que me diera una mano, pero ninguna de las personas que estaban a mi alrededor estarían dispuestas a hacer eso. Rompí la ventana de mi auto y entré en la cabina del piloto, haciéndome así un enorme corte en el estómago. Intenté hacerlo arrancar, estaba a punto de chocarlo, de suicidarme en mi propio auto, donde nadie pudiera salir lastimado, pero después de eso simplemente no puedo recordar nada más.

-¿Y cuántas veces has tenido ese sueño?

-Cada noche desde que llegué aquí. No siempre es igual. A veces es más corto, otras veces más largo y a veces no es un lapicero azul sino un plumón o un lápiz, a veces es en blanco y negro, otras veces a colores...y lo peor de todo es que se trata de mi vida. ¿Y a quién le gusta que le colorean la vida?

-A nadie -dijo Marcos, dejando escapar un suspiro con notas a explotación laboral, mientras se levantaba de su silla y recogía unos papeles en el suelo. Marcos era el psicólogo de pacotilla que me había asignado el estado, raramente, era de las pocas personas que me caían mínimamente bien. Creo que porque era honesto, no era amable, pero eso era incluso mejor porque si yo no era amable con él no le importaba tampoco.

-Cecilia, el tiempo se nos ha acabado. Te veo el próximo miércoles.

-Bueno, adiós, gracias.

Esa había sido mi vida los últimos dos años. Digamos que la rutina en una cárcel para mujeres no es demasiado estimulante. Al menos había hecho algunos amigos; desafortunadamente siempre terminaba peleándome con ellos de alguna u otra forma. Aún recuerdo cuando en un ataque de ira golpeé a la señora de la limpieza con una escoba y me dejaron sin comer ese día. Lo que pasa es que ellos no me entienden, me ven como un alien, y yo asimismo reconozco eso; mi vista del mundo está muy sobre la de otras personas, por esa razón, pasa que nadie me aguanta, y con el tiempo yo tampoco podía aguantar a nadie. Al principio pensaba que una vez que me acostumbrara a este lugar, ya no tendría que preocuparme de nada más. Pero los demonios no se habían ido y mi maldición tampoco. Verán, he sido sentenciada con la terrible incapacidad de matarme, lo he intentado una y otra vez y nada parece funcionar. Pero eso no es lo peor, porque cada vez que intento acabar con mi vida termino atentando contra la de alguien más, esa es la verdadera causa por la que estoy aquí, por la que no puedo dar fin a mi miserable vida, por la que hasta ese momento mientras me recostaba en el sucio colchón que se había convertido en mi cama, no me imaginaba que ese sería el día en el que todo comenzaría a cambiar.

Recibí una llamada. La primera llamada en meses. Y me parecía muy extraño, ¿a quién se le ocurriría la estúpida idea de contactar a alguien como yo? No lo entendía. Sin embargo, mientras me conducían hasta la zona de comunicaciones empecé a creer que tal vez no era algo tan malo, sino todo lo contrario: alguien quería hablar conmigo. Entró un funcionario uniformado del gobierno, a explicarme que Marcos había muerto en un accidente de auto hace

unas horas, y que el próximo miércoles se me asignaría un nuevo terapeuta para que trabaje conmigo. Me sentí un poco mal, pero al mismo tiempo por alguna razón esperanzada.

-Oh bueno... -dije, encogida de hombros y mirando hacia el piso.

-¡Qué insensible eres! ¿No te da algo de lástima? Bueno, no importa, es hora de que me vaya.

Nos dimos un apretón de manos y se alejó hasta llegar a la puerta del establecimiento.

“Insensible”, qué grosero”, pensé. “¿Qué se supone que debía hacer? ¿Ponerme a llorar en su cara?”. Recuerdo que desde pequeña me habían dicho que era muy insensible, que era poco empática. Las mismas personas que me criticaban por esas razones son las que me convirtieron en lo que soy: una chica deprimida, con la autoestima hasta el piso y que lo único que quiere es morir. Gran contradicción. Son los modales lo que cuentan supongo, porque si demuestras entender los códigos básicos de trato con otras personas tu verdadera personalidad es un tema trivial.

Esperé con ansias a que llegara el miércoles. Hace tiempo no había nada que genuinamente me entusiasmara, y era extraño, tan extraño que me incomodaba. Una vez que arribó el día tan esperado me dirigí hacia la oficina de “salud mental”, y esperé como siempre a que dijeran mi nombre. Una señora rechoncha de pelo castaño, uniforme gris y un moño en la cabeza me condujo al consultorio del hombre o la mujer que se convertiría en mi nuevo psicoterapeuta, una vez que fue mi turno. El lugar lucía prácticamente igual, simplemente noté que habían puesto un cuadro de una mujer desnuda muy peculiar, pero nada más que me sorprendiera.

La señorita se fue y un hombre bastante joven entró a la habitación. Tenía un uniforme blanco de doctor y el cabello amarrado en lo que parecía ser una cola de caballo mal hecha. Me preguntó mi nombre, apellido, entre otras cosas. Incluso mi tipo de sangre. Tengo que admitir que al principio cuando hablaba con él me parecía muy raro, pero conforme pasaban las semanas me sentía más cómoda. Pronto me había dado cuenta de que se acercaba la fecha en la que mi condena terminaría, más o menos en dos meses más. Ese lugar me había vuelto tan loca que había perdido la noción del tiempo y espacio casi completamente. La verdad es que no me sentía bien del todo con eso. Nunca me sentía bien en realidad, pero conforme se acercaba más la fecha en la que por fin recuperaría mis derechos políticos me preguntaba qué sería de mi vida.

Una vez que llegó el miércoles me dirigí hacia el espacio de consultorios médicos y salud mental como lo hacía habitualmente, pero esta vez con una incertidumbre inmensa y en mi espalda, cargaba el peso de un presentimiento que me decía que algo horrible iba a suceder. Pero eso ya no podría ser sorpresa, así que con las manos sudadas y temblorosas entré a la recepción. Me senté en lo que se supone debería ser un asiento, pero más bien parecía un montón de esponja envuelta en retazos de cuerina barata.

En eso, se me acercó una mujer un poco mayor que yo, pero no demasiado, la cual realmente no parecía del todo una enfermera. Y ojo, no porque yo piense

que las enfermeras se ven de cierta forma sino porque simplemente no cumplía ninguno de los códigos de vestimenta que se requerían.

-¿Romina?

Al escuchar ese particular nombre, esas seis letras tan familiares y ajenas al mismo tiempo, quedé petrificada. ¿Cómo podría saberlo? ¿O habría sido un error? ¿Será que habrían descubierto todos los crímenes que había hecho bajo ese nombre? ¿Sería posible incluso que mi condena se prolongara? Ya ni siquiera me importaba, pero igual me decepcionaba el hecho de que con todo el cuidado que había puesto en práctica para encriptar cualquier información que me relacione a ese nombre, aun así, me hubieran descubierto.

-¿Romina? ¿Señorita? ¿Está ahí? -repitió. No sabía qué contestar. Simplemente le seguí la corriente.

-¿Sí?

-Señorita Romina -dijo, mientras ojeaba un par de documentos que tenía en un portafolio de madera-. Le quería informar que su psicólogo no va a poder asistir a la sesión, debido a un par de inconvenientes de índole desconocida, sin embargo, me ha pedido que le entregue esto

Prosiguió a entregarme una tarjetita de esas publicitarias que los vendedores usualmente utilizan para dejar un número de teléfono celular o método por el cual se les pueda contactar, sin embargo, esta no tenía nada de eso, en cambio se podía leer una frase corta.

“Te extrañé”.

Apenas aparté la mirada del papelito grueso que me había dado la "enfermera" pude ver cómo cada esquina de la habitación se coloreaba de un negro oscuro y profundo, parecía una especie de compota espesa la cual se movía de un lado a otro de una manera torpe que poco a poco iba volviéndose más robótica y coordinada. Fue en ese momento que me percaté de que estaba persiguiéndome y un sentimiento que había enterrado ya hace tiempo en mis pesadillas se empezó a sentir más real que nunca. Pero no era miedo, sino más bien tranquilidad, calma y una esperanza que solo podría encontrarse en lo desconocido. Aunque poniéndonos menos freudianos, lo que realmente acababa de suceder era que ese personaje que se había presentado delante mío acababa de noquearme con un elemento desconocido, al punto de que fue demasiado tarde para cuando me di cuenta de dónde estaba.

Era mi antiguo cubículo de madera, en el cual me dedicaba básicamente a escuchar los largos relatos de los profesores de antropología y a leer libros gordísimos con centenares de pies de página y escritos en un español antiguo que ahora encuentro indescifrable. Pero en aquellos tiempos esos libros polvorosos y medio rotos eran el foco de atención de todas mis noches, las investigaciones, y ahora que lo pienso, me interesaba tanto llegar siempre a conocer todo o a reflexionar hasta que mi cabeza empieza a dar vueltas y mi frente sude, simplemente por el hecho de que quería comprender, qué era un ser humano. Porque nunca lo supe.

-¿Cristina?

-¡Presente!

-¿Romina? -Y otra vez volví a escuchar mi nombre, pero esta vez no me produjo conflicto, sino más bien una sensación de pertenencia.

-¡Presente! -contesté.

Ahí estaba Jenny con aquel chico de pecas, ojos azules y nariz chueca, del cual nunca supe el nombre. Lo raro es que no podía recordar qué pasaría después, es como si estuviera reviviendo toda la memoria. Pero justo cuando esperaba encontrar un lapicero de tinta azul enterrado en el cuello de alguno de los alumnos noté que la alarma de incendios comenzó a sonar de manera estrepitosa, como siempre lo hacía en los simulacros, pero esta vez no acompañada de los mismos suspiros insípidos de siempre sino de varios gritos y llantos amplificadas en el eco y sonidos de “disparos”. Me encontré a mí misma corriendo a toda velocidad en el pasillo con la adrenalina corriendo por mis venas y con la única premisa en la cabeza de que necesitaba escapar. Pero fue ahí donde recordé, fue ahí donde me di cuenta de por qué no desearía nunca más estudiar a los seres humanos, del horrible sentimiento de odio que les tenía. De cómo vi a Jenny morir, de cómo su cuerpo sangraba en el suelo y cómo sus últimas palabras fueron ocupadas en pedirme que por favor me fuera, antes de que el brillo de vida en su rostro se desvaneciera, como el fuego de una vela apagada con el soplo de un niño pequeño que con alegría celebra su noveno cumpleaños.

Y no podía olvidarlo. Había sobrevivido, y todo el mundo me recalaba lo valiente que había sido, pero yo no pensaba lo mismo. Me sentía tonta, culpable, y embotellada para siempre en aquel momento. Se repetía intermitentemente, pero cada vez era más seguido. La música dejó de parecerme encantadora, el sonido de las baterías y bongos solo me recordaba a una cosa. Me quedé con el sentimiento constante de que debía escapar, sin embargo, nunca salía de mi hogar. Dejé de dormir, de comer, y de ver a los pocos amigos que tenía. Me había convertido en un vegetal, un vegetal que vivía a base de la poca luz que entraba a través de una persiana color arena y de sopas instantáneas. “Solo necesito tiempo”, esa era mi frase estrella. Pero el tiempo no ayudaba y mi desesperación y abrumo no desaparecían.

-¿Entonces qué hiciste? -Susurró una voz en la oscuridad.

-Ejecuté mi primer intento.

-¿Querías morir?

-No lo sé -contesté.

-¿Entonces qué querías?

-Nada. No me hacía faltaba nadie, no había nada que deseara ya. Yo quería eso: la nada.

-¿Entonces por qué lo hiciste? ¿Por qué atentaste contra la vida de alguien más?

-Ni siquiera sé porque estoy hablando contigo.

-¿Por qué?

-¡Ya te lo dije! Es mi maldición, eso es todo.

-Pero estabas enojada...

-¡Ya te dije que no sentía nada!

-¿Con quién estabas enojada?

-Con todos, conmigo, con el imbécil que me arruinó la vida sin razón alguna, con Jenny por no haber batallado... -respondí, rompiendo a llorar-. Supongo que quería matar a todos, a la raza humana en su totalidad.

-Bueno, y dime... ¿necesitas aún un hombro en el cual llorar? -dijo esa voz tan risueña y familiar.

-Todo el tiempo -contesté.

Y así, me quedé dormida en sus brazos, por fin dormí por una noche, y esta vez sería para siempre. Sonreí y dejé que las lágrimas que caían por mis mejillas me ayudaran a evaporarme. Mi maldición se había roto, era una hermosa noche para morir.

Eugenia María Rottenbacher Mantilla
Segundo de Secundaria